

# *El beato Josemaría y los inicios del Opus Dei en Cataluña*

*Joan Baptista Torelló\**

*Enero 2002*

Desde el año 1941 hasta el 1975 he trabajado siempre con la guía cercana del Beato Josemaría. He convivido con él en algunos periodos, y en muchas otras ocasiones me he encontrado con él en Roma, donde tenía que acudir de vez en cuando. Para el tema propuesto, me he de concentrar, sin embargo, en los años comprendidos entre el 1941 y el 1948. Era la época de los inicios del Opus Dei en Barcelona. No soy historiador profesional y nunca he llevado diarios personales y, además, tengo la memoria bastante agujereada. Y por los agujeros, las grietas y los socavones, se me han desmoronado muchos nombres y datos, pero no tanto las personas y los acontecimientos. Restan una multitud de recuerdos y de entrañables impresiones decisivos para mi vida.

Esta multitud se refugiará aquí en lo anecdótico, significativo pero poco ordenado. Os pido comprensión. Más que insuficiencia, debo confesar un cierto pudor porque tendré que hablar bastante sobre mí, y eso me resulta engorroso. Es un hecho que entre los primeros catalanes del Opus Dei, un puñado de jóvenes estudiantes que el Señor conquistó a su manera, siempre inescrutable, yo destacaba por la obsesión catalanista, y además, con el compromiso de defender la lengua y la cultura de nuestra tierra, en aquellos tiempos, oprimidas y amortiguadas. Los primeros de la Obra, los otros, eran excelentes estudiantes de ingeniería, de comercio, de derecho, de química... Yo estudiaba medicina, pero al mismo tiempo estaba

entusiasmado por las actividades clandestinas de salvamento de la catalanidad. Por ello, y sin quererlo, soy un testimonio muy particular de las relaciones del Beato Josemaría con Cataluña en aquel periodo espinoso de nuestra historia.

Conocí personalmente al Beato Josemaría el 22 de mayo de 1941 en Barcelona, en casa de un catedrático de filología griega en la universidad de Barcelona, el Dr. Sebastián Cirac Estopañán, natural de Caspe, quien había conocido al Fundador del Opus Dei desde muy joven. Fue uno de los primeros sacerdotes que el Beato Josemaría reunió en su entorno y de quienes era su director espiritual.

Eran tiempos difíciles en nuestra tierra, en todos los sentidos. Desde la entrada en Cataluña, de los llamados nacionales, todos se recuperaban poco a poco económica, social y religiosamente, de la guerra fratricida. Familias destrozadas, como la mía, que habían tenido muertes y asesinatos en ambos lados. Dos bandos en lucha por motivos políticos o religiosos, a los que a menudo se mezclaba la cuestión social. A veces la lucha conllevaba repercusiones personales y familiares. Por esta razón, es tan difícil analizar todo aquel desbarajuste.

Como era de suponer, al finalizar toda esta situación, llegó la opresión de nuestra lengua y nuestra cultura. Es muy difícil imaginar hoy en día el pánico, el asombro y la rabia subcutánea que te arrastra de día y de noche cuando te cortan la lengua o te cierran la boca. Desde el interior sientes un hormigueo muy difícil de describir.

Expulsado el catalán de los parvularios, de las escuelas primarias y superiores, los diarios y las radios, de las placas de las calles y de las iglesias, un encuentro de gente joven se empeñaba en salvar lo salvable de nuestro patrimonio cultural, y así surgió el "Estudio" del quinto piso del número 70 de la calle San Pablo, que era un lugar, una buhardilla improvisada por un grupo de entusiastas, con un aspecto bohemio; y allí nos encontrábamos, teníamos tertulias, hacíamos música, leíamos nuestros versos y nuestras producciones literarias, recibíamos visitas de personas importantes que vivían medio escondidas pero que venían por allí, y organizábamos encuentros con otras organizaciones clandestinas.

De vez en cuando, nos llegaban frescas y arriesgadas creaciones recientes de los grandes exiliados de nuestra lengua. En aquel entonces, había un

grupo de chicas bibliotecarias, de un gran nivel cultural. Un día una de ellas, Montserrat Martí, vino y nos trajo una de las "Elegías de Bierville", de Carles Riba, que escuchamos con una devoción extraordinaria. En otra ocasión nos trajo el "Nabí", de Josep Carner. Todo esto se acompañaba de vez en cuando de visitas que hacíamos a personalidades de la lengua catalana, como al poeta Josep Lleonart. Lleonart era una persona muy sencilla, y contaba con una fuerza espiritual y una sazón cristiana muy contagiosas. A raíz de esto, teníamos cierto contacto con el Instituto de Estudios Catalanes, que había sido suprimido, y con la que llamábamos la Biblioteca de Cataluña, que era la del Instituto de Estudios Catalanes, que le habían cambiado el nombre por el de Biblioteca Central de la Diputación.

De este modo, conocí a Ramon Aramon, y a muchas otras personas del mundo literario: Maurici Serrahima, uno de los primeros que pudo publicar algo en catalán. Yo tuve mala suerte. Nosotros presentamos a la policía, porque debía hacerse así, un conjunto de manuscritos, y sólo nos permitían poesía. Me parece que, de diez, sólo aprobaron cinco, y entre ellos no figuraba el mío.

Conocimos a muchas otras personas, y empezamos a editar una revista, escrita a máquina y con las copias en papel carbón y en forma de carta. Comenzaba con "Queridos amigos", que era el título de la publicación. Había una breve introducción, al final, nuestras pequeñas producciones, y por último, una firma. Era como una carta. Todo muy pobre pero hecho con mucho entusiasmo. Todos empleábamos seudónimos para no ponernos en peligro. Esta revistilla, que duró siete años, nos ponía en contacto con personas mucho más importantes que nosotros. Allí conocí también a Jordi Pinell, luego monje de Montserrat, a los hermanos Gassó, a las hermanas Lleonart y Martín i Bas, una de las cuales -Maria Roser- fue la primera mujer de la Obra en Cataluña.

Fue entonces cuando un par de amigos me acercaron al Opus Dei. El Beato Josemaría, a la vez que predicaba retiros y ejercicios espirituales a muchos clérigos y religiosos, y seglares, por toda la península, comenzaba a extender la Obra en varias ciudades, tras la interrupción de los tres años de guerra. Como es bien sabido, al terminar la guerra, el resurgimiento de la vida religiosa fue impresionante: se llenaron seminarios y colegios de órdenes y congregaciones, las asociaciones piadosas tuvieron un "boom":

las congregaciones marianas renacieron, también Acción Católica, los *fejocistas* -la federación de jóvenes cristianos-, que era una adaptación de la creación en Bélgica del canónigo Cardijn, los cuales trabajaban con fuerza. Todas eran muy proselitistas y algunas con el estilo triunfalista de los años que llamaban "de la victoria".

El primer catalán que pidió la admisión en el Opus Dei lo hizo el 1 de abril de 1940. Todos éramos muy jóvenes y nos reuníamos en la calle Balmes 62 para estudiar, rezar y estrechar lazos de amistad mutua. Los primeros habían tenido un contacto muy breve con el Beato Josemaría, en Barcelona y en Madrid. Otros, como yo, sólo sabíamos que se trataba de una llamada a la santidad dentro de las estructuras del mundo para santificarlo desde su interior mediante la oración y el trabajo y de un apostolado, que no fuera un añadido al compromiso humano, sino una amistad cada vez más profunda. Era una vocación divina, como él decía: "vieja y nueva como el Evangelio", a la que se respondía con una entrega total a Dios en el celibato o en el matrimonio -nosotros pensábamos en el celibato- pero que no cambiaba absolutamente nuestra condición de ciudadanos ni de sencillos fieles de la Iglesia, sin ruido ni banderas en alto.

Puede parecer extraño que esta empresa puramente sobrenatural y los cuatro gatos que en Barcelona la estrenábamos se convirtieran en un escándalo que desencadenara una acción para ahogar la criatura. Nadie ignora que este vendaval de oposición surgió de algunos ámbitos religiosos donde estaban los que habían sido para nosotros maestros y guías admirados desde la infancia. De repente, nos vemos acusados de herejía, de practicar rituales exóticos, de mentira sistemática, de secreto, y de querer destruir las órdenes religiosas. Todo ello, con un iniciador, a quien no gustaba nada el título de Fundador, que no daba un paso sin la aprobación de su obispo. El revuelo fue detonante. Nos marginaron - mis amigos no me saludaban ni por la calle-, avisaron a nuestras familias que tenían un hijo que pertenecía a una mampostería blanca recién fundada, etc., etc. La historia detallada de estos hechos, con nombre y datos y eventos concretos, lo he escrito ya, e interesa poco, ahora.

Añadimos solo, porque yo también me puedo decir teólogo, que la única explicación humanamente plausible que se me ocurre, de tanta agresividad contra una Obra recientemente nacida, por parte de grupos llenos de celo - donde algunos actuaban, sin duda, *putantes se obsequium praestare Deo*,

pensando que hacían algo agradable a Dios-, la encuentro en la doctrina de los dos caminos, que desde siglos había dominado la teología de la vocación cristiana y su aplicación práctica. Esta doctrina se había deducido de una exégesis algo precipitada de lo que describe San Mateo en el capítulo 19, 16-22 donde, un joven pregunta a Jesús: "Maestro, ¿qué puedo hacer para obtener la vida eterna?", Y éste le responde: "guarda los mandamientos". El primero dice: "todo esto ya lo he hecho desde mi juventud". Jesús añade: "si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres y luego, ven y sígueme". Parecía como si quedaran fijados dos caminos: el camino de los mandamientos, suficiente para salvarse, y el camino de los que aspiran a alcanzar un cierto grado de perfección, abandonar el mundo y entrar en un estamento particular, que en el tiempo coincide con el llamado estado de perfección, que es el de las órdenes religiosas o similares. Así se extendió hasta el siglo XX esta doctrina.

Aparte el hecho de que sólo San Mateo habla de esta perfección, y no San Marcos, el mismo San Mateo usa el término "perfección" en el capítulo quinto, citando las palabras que Jesús dijo a las multitudes que lo seguían: "Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. "(Mt 5, 48). San Mateo no habla de dos caminos: uno, el de los mandamientos, más fácil, y el otro, el de la perfección. Y la inclusión del mandamiento de amar al prójimo ya aclara que en la primera respuesta del maestro se pide la totalidad, que se puede vivir de maneras muy diferentes.

El Nuevo Testamento sólo conoce una perfección, la del amor total: de la cabeza, del corazón, y de todas las energías. En ninguna parte se habla de dos vías: una menos exigente y la otra más costosa. Jesús no dijo nunca que un cristiano pueda contentar con un minimalismo. Hay una sola vocación por todos, que es la santidad: la unión con Dios en Cristo, la perfección como la del Padre celestial.

Esta era la predicación "revolucionaria" del Beato Josemaría desde 1928, que sorprendió a muchos, y a algunos grupos religiosos en particular, ya que la malentendieron, como si quisiera apartar la juventud de los conventos, del "único lugar" reconocido como lugar de perfección. Treinta años más tarde, el Concilio Vaticano, con su Constitución dogmática Lumen Gentium, especialmente en el capítulo V, que lleva el título de "La

vocación universal a la santidad en la Iglesia", supera definitivamente la teoría de los dos caminos.

El sufrimiento de nuestro Beato, que amaba de corazón a todos los religiosos, fue muy grande. Y ¿cómo reaccionó? Los que estábamos entonces en Barcelona tenemos documentos explícitos y emocionantes de su espíritu sobrenatural, cartas que nos escribió porque él no podía venir a encontrarnos, por la razón que había una tribunal de represión de la masonería, dispuesto a detenerlo. Transcribo unos recortes de estas letras, que denotaban la firmeza de su fe, nos aseguraban una gran fecundidad de la Obra en Cataluña, y nos animaban a la perseverancia y a sufrir en silencio, sobre todo porque -y esta era su gran obsesión - no faltásemos nunca a la caridad con las personas que nos quebrantaban o condenaban. Menciono tan sólo algunas, la primera es del 15 de abril de 1941, escrita desde la residencia del obispo de Pamplona, y decía textualmente:

“+Para el Palau

Jesús me guarde a mis hijos.

Queridísimos: ¡Cuántas cosas grandes va a hacer el Señor en Barcelona, por vuestra labor callada, eficaz y apostólica! De buena gana iría hoy mismo con vosotros. No es posible, y ofrezco ese sacrificio.

¿Habrá ahí casa grande el curso próximo?

Que estéis muy contentos. Os quiere, os abraza, os bendice

Mariano

Pamplona 15-IV-941” "

“¡Que el Señor bendiga a mis hijos y me los guarde!”. Aquesta frase sola ja ens commovia...-“¡Queridísimos!”-: és inversemblant. Els sants ho són d’inversemblants, tots. “Estamos de enhorabuena porque el Señor nos trata a lo divino. ¿Qué os voy a decir? Que estéis contentos: “spe gaudentes”, que padezcáis llenos de caridad sin que de vuestra boca salga nunca una palabra molesta para nadie, “in tribulatione patientes”. Que os llenéis de espíritu de oración: “orationi instantes”. Hijos, ya se barrunta la aurora” - ell ja ho veia venir- “y cuánta cosecha en esa bendita Barcelona con el día nuevo. Sed fieles, un abrazo de vuestro Padre. Visitad de mi parte a la Virgen de la Merced”.

Otra muestra breve del mismo mes: "¡Jesús bendiga a mis hijos del Palau!"

-a aquel pisito de nada, más bien oscurito y con cuatro muebles, le habíamos dado el nombre pomposo de "Palau" - " y me los guarde". "Queridísimos. Muy contento, dispuesto a sufrir con alegría lo que el Señor disponga, pero ya estamos tocando al fin. La luz se hará y para entonces vosotros y yo debemos tener preparado, no el perdón de las ofensas, sino el cariño y el olvido. Que estudiéis mucho, y con mucha paz". Yo conocía muy poco de la Obra cuando entré, porque no teníamos nada, ni documentos, sólo la comunicación entre nosotros, pero esta es una de las cosas que aprendimos enseguida. I también, que teníamos tanta obligación de hacer crecer la vida espiritual como de estudiar.

"Que calléis, sin comentar con nadie estos sucesos, para que nunca se os pueda escapar ni siquiera una palabra molesta para nadie. Siempre y en todo y sobre todo la bendita caridad. Y que estéis muy unidos, siendo muy hermanos y muy hijos. No os preocupéis ahora de hacer apostolado y proselitismo, dejad hacer a Dios. Sin embargo, crecedme vosotros para adentro. Con más amor cada día a la Santa Iglesia Romana, para amarla y servirla en el último lugar de su ejército de apóstoles, nos dio el Señor la vocación. Y con más vida de oración, sacrificio y alegría. Muchas ganas de veros y abrazaros. En las manos de mi Madre amadísima de Montserrat os dejo".

Sobran los comentarios. No puede salirnos más claramente al encuentro el hombre de Dios, de fe pura, que desborda amor a Jesús y a todos los hombres sin excepción, y que vive totalmente para realizar la Obra. Sin embargo, inesperadamente vino a abrazar y a confortar a sus hijos de Barcelona, el 22 de mayo. Habló con cada uno de nosotros y después con todos. Recuerdo que la primera frase que me dirigió fue: "¿Tú eres Juan Bautista? ¡Ven acá ladrón, que te hipnotizo!". Esta era una de las cosas que se decía, que nos hipnotizaba. Su certeza de que la Obra saldría adelante, la seguridad de ser instrumento de Dios, "inepto", decía, pero guiado por Él indefectiblemente, eran contagiosas, y le hacían humilde y al mismo tiempo siempre sonriente, de buen humor, y vivamente interesado en las peripecias de cada uno, y no hace falta decir que era un genio de la comunicación: nos seguía con afecto en todo lo que hacíamos. Al mismo tiempo se le veía muy recogido y adentrado en la interioridad divina.

Después de este viaje la fortaleza y la ternura del Beato nos dejaron una serenidad y una felicidad inagotables.

Por entonces precisamente, y sin que ninguno de nosotros supiéramos nada, se establecía un nuevo vínculo del Beato Josemaría con Cataluña. El día 27 de abril, el monje Aureli M. Escarré recibió en Montserrat la bendición abacial de manos del obispo de Pamplona, Dr. Marcelino Olaechea, y el nuevo abad le pidió informaciones sobre el doctor Escrivá y su Opus Dei, explicándole que en Barcelona había un gran alboroto, y muchas personas iban a Montserrat, buscando orientación y consejo al respecto. La prudencia benedictina evitaba declaraciones sobre cosas que no conocía. El obispo lo tranquilizó: él conocía muy bien la persona y las virtudes sacerdotales del padre Escrivá y la solidez católica de la Obra, pero le recomendó que se dirigiera al obispo de Madrid, que recientemente había aprobado el Opus Dei como Pía Unión. Y aquí comenzó un carreo de notable importancia histórica entre el abad Escarré y el Dr. Leopoldo Eijo Garay, tres cartas cada uno entre el 8 de mayo y el 1 de septiembre.

El abad reaccionó enseguida, e invitó a los cuatro muchachos de la Obra en Barcelona a visitarlo. Tres fuimos, un poco cohibidos, encogidos... El abad Escarré nos recibió en una gran sala, sentado en un trono. Nos sorprendió, porque el abad bajó del trono y nos abrazó a cada uno de nosotros muy cariñosamente: nos quería consolar. Nos dijo también que Montserrat defendería la Obra, a la vez que nos invitaba a celebrar la próxima Semana Santa en Montserrat como huéspedes personales del abad. Antes del 10 de julio subió a Montserrat Álvaro del Portillo en nombre del Beato Josemaría. Habló largo rato con el joven abad coadjutor (33 años), y entonces comenzó la gran estima del abad por Álvaro del Portillo.

La gran amistad del abad con el Beato Josemaría comenzó más tarde, un año después, cuando nuestro fundador se entrevistó con los dos abades: Marcet i Escarré, y con el Padre Gusi, allí presente. Desde aquel día, Escrivá y Escarré se encontraron más de 45 veces, y casi siempre eran largas conversaciones. La relación de estas dos personalidades tan diferentes, se convirtió en una amistad entrañable. A ambos les movía un celo abrasador por la gloria de Dios, una pasión verdadera por la vida contemplativa, por la dignidad del culto y la fidelidad a la Iglesia romana. En Barcelona asistí a menudo a estos diálogos, porque el Beato Josemaría quería que se hablara también en catalán. Lo mismo sucedía cuando se



encontraba en Roma con el cardenal Albareda, que era de Montserrat: también me llamaba a mí.

Una serie de circunstancias, y las disensiones en el interior del monasterio, más que intervenciones políticas, llevaron al abad Escarré a dimitir y a refugiarse en un convento de benedictinas de Vivoldone, al norte de Italia. Enfermo de corazón, diabético, se encerró en un silencio y aislamiento radicales. Yo, que entonces estaba en Viena, me enteré de su dirección y le escribí una carta en señal de reverencia y amistad intactas. Me respondió en marzo de 1967, y aparecía como deprimido, malherido, por las incomprensiones de todos lados, pero dedicó un elogio a su sucesor, el Padre Casiano, "en el que puedo confiar plenamente", que era una muestra de espíritu sobrenatural y del amor a su monasterio.

Poco después viajé a Roma, y me encontré con el Beato Josemaría muy preocupado porque, como el P. Escarré se había encerrado en este aislamiento tan grande, no tenía contacto con nadie. El Beato Escrivá no sabía dónde estaba, ni qué había hecho. Yo lo pude informar, y me dijo: "vete allí corriendo". Y entonces hice el viaje de Roma a Vivoldone para visitarlo. Me recibió afectuosísimamente y visiblemente conmovido por la fidelidad del Beato Josemaría, pero no me hizo ningún comentario sobre su situación. Se le veía gravemente enfermo, y efectivamente, pocos meses más tarde lo trasladaron a una clínica de Barcelona donde se murió en 1968, con 55 años.

Todos estos contactos y eventos vincularon fuertemente nuestro Beato con Cataluña pero -aparte del hecho de que él se llamaba catalán, y lo era, por ascendencia paterna leridana- pienso que su vínculo más profundo con nuestra tierra fue su amor a la Virgen. Fue en Cataluña que la Virgen, en un momento de agotamiento físico, de desconsuelo y perplejidad, durante la arriesgada y extremadamente fatigosa travesía de los Pirineos (19.XI-1.XII.1937) Ella le concedió una gracia extraordinaria - que recuerda las de otros místicos de envergadura- que enderezó y fortaleció ¡y le dio una rosa!

Particularmente las advocaciones de Montserrat y de la Merced le llenaban de ternura: muchas veces subió a la Santa Montaña, y visitó la Basílica de la Patrona de Barcelona, y fue a los pies de la Moreneta y de Nuestra Señora de la Merced, a implorar ayuda (emocionado y casi con exigencia de hijo) cuando, el 21 de junio de 1946 embarcó en Barcelona hacia Italia,

acompañado por el mallorquín José Orlandis, para pedir al Santo Padre, para la Obra, el "appositio manuum" de la Santa Sede.

Y otra caricia de nuestra Princesa la recibió en Roma el 27 de abril de 1954: la curación instantánea y definitiva de la diabetes que la había atormentado muchos años seguidos.

Al Beato Josemaría le gustaba que los catalanes habláramos en catalán. A mí me hacía recitar poemas en las tertulias donde participaba... ¡en Madrid! También, y a menudo, cuando recibía visitas de gente de Cataluña -no aprobaba ningún tipo "de imperialismo cultural", como él decía-; le gustaba, al presentar a alguien, subrayar tres notas de mi persona que en aquel tiempo, por diversos motivos, eran un poco insólitas. Afirmaba de mí: es un psiquiatra, tiene dos hermanos jesuitas, y escribe versos en catalán.

Debo decir que fue del Fundador del Opus Dei la iniciativa de traducir "Camino" al catalán y que, ya desde aquellos años, fui trabajando, y aunque, por las circunstancias, no se podía publicar entonces, usábamos normalmente tal versión. Más adelante, Francesc Faus prestó su colaboración para este trabajo, cuando uno y otro estábamos en Italia, y finalmente - y no sin dificultades administrativas- "Camino" fue editado en 1955, en Barcelona.

El 13 de junio de 1948, celebré mi misa nueva en la Merced. Los amigos del "Estudio" de la calle Sant Pau dibujaron e imprimieron las estampas recordatorias y organizaron una coral gregoriana para después en la fiesta. Y mi padrino de capa -así se llamaba entonces- era uno de los predicadores más brillantes de aquella época: don Masdexart, pero fue una misa nueva sin sermón. Porque, como no se podía hablar catalán en público, pensé que el silencio sería más elocuente que la mejor palabra forastera.

Tres días después dejé Cataluña definitivamente y llegaba a Roma donde me esperaba una gran faena: hacer el doctorado de teología en el Angelicum y la tarea pastoral de la Obra, que en Italia empezaba entonces. Yo era el único sacerdote de la Obra en Italia en aquellos momentos -aparte nuestro Fundador, y Don Álvaro-, y además tenía que ser móvil, porque ellos dos tenían bastante trabajo en la sede central, dirigiendo la Obra de todo el mundo, y al mismo tiempo estaban en contacto constante con el Vaticano para dar los pasos necesarios para conseguir la aprobación

definitiva de la Obra, que se produjo poco después. Tuve que circular por toda Italia.

Vivíamos todos apretujados en la portería de Villa Tevere, pero en este lugar se comenzó la labor de la Obra con las juventudes romanas, y desde allí hacíamos viajes regulares a ciudades de Italia: Milán, Bari, Turín, Padua, Bolonia, etc. Sembrar, sembrar, a granel, ¡la llamada universal a la santidad! A pesar de esta faena, sólo llegado a Roma, el Padre me preguntó si había llevado mis libros en catalán. "Pues, que te los envíen", me dijo. Recibí una maleta grande de libros en catalán que me permitieron escribir un ensayo sobre la poesía catalana contemporánea, que fue publicado en Madrid. Todo ello bajo la protección del Beato Josemaría, que se esforzaba para que yo continuara haciendo estas cosas. Y también, gracias a Rafael Calvo Serer, que entonces era el director de la revista Arbor, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Terminada la licenciatura en teología, el Beato Josemaría me envió a comenzar la labor de la Obra en Sicilia.

Me he olvidado de decir que la primera vez que fui unos días de retiro con el Beato Escrivá en Madrid -en el otoño de 1942- naturalmente fue para mí un acontecimiento decisivo, porque era una experiencia única oírlo predicar. Después de cada meditación tomaba unos apuntes, y fui tan señuelo que, en vez de recoger las palabras castellanas -que en este caso habrían tenido además un especial valor literario-, los traducía al catalán. Al final de los ejercicios todos hablamos con él, yo también. La conversación fue sobre temas espirituales, pero como él nos había predicado tanto de sinceridad, me parecía que le tenía que explicar esto de mis actividades catalanistas, y le dije que participaba en una organización clandestina en Barcelona. Me escuchó con gran atención y me comentó que no tenía por qué decirlo, ya que a la Obra, en política, todos pueden hacer lo que quieran: cada uno tiene sus responsabilidades. Pero si me lo ocultaba y me intranquilizaba, había hecho bien en decírselo, y ¡adelante! Y añadió: "Bueno, un consejo, si quieres, te lo doy: sé prudente, no te dejes pescar por la policía Porque somos todavía muy pocos y sólo nos faltaría tener a uno en la cárcel", con lo cual me fui muy tranquilo, y continué "conspirando", que es tan bonito, sobre todo cuando se es joven...

En Sicilia me dieron muchos trabajos, entre ellas la de director espiritual del seminario de Palermo, y de profesor de psicopatología pastoral al

Convictorio de la diócesis. En esa isla maravillosa, la Obra creció rápidamente.

Un día se presentó en Palermo Ramon Aramon, el secretario del Instituto de Estudios Catalanes, que había venido para un congreso de estudios mediterráneos. Fuimos a comer a un restaurante. Alguien nos vio y nos denunciaron en la embajada de España en Roma, diciendo que se estaba conspirando contra el régimen franquista. Me retiraron el pasaporte. El Beato Josemaría se enfadó muchísimo, porque también sabía enfadarse. Uno de los que estaban en Roma intervino a favor mío, pero me quedé un año sin pasaporte.

En noviembre de 1956 el Fundador me encontró en Roma y me comunicó que había pensado que podía comenzar la Obra en Suiza, y me dijo si quería ir yo. Nos envió, a Pere Turull y a mí: cambio de panorama, de cultura, de idioma y de gente: un bache psicológico notable... ¡viniendo de Sicilia! En Zúrich prediqué por primera vez en catalán: en el cementerio, para el entierro de un trabajador. Y más adelante, después de una nueva estancia en Italia (Milán, 1958-1964), la última aventura, que aún dura: Austria.

Sólo quisiera subrayar, para finalizar, que el Beato Josemaría confió a muchos catalanes que participaran en la expansión del Opus Dei por el mundo; no, ciertamente, por serlo, pero este es el hecho. Quico Planell, el Salvi Carreira o Arnau Torrents, a les Islas Británicas; Ot Moles i Antoni Torrella, a Venezuela; Ignasi Sallent, Joan Masià y Pere Turull, a Italia; Joaquim Francès, Xavier Sellès y Ricard Estarriol, a Austria; Alfons Par, Jordi Cervós, Josep Arquer y Joan Vilar, a Alemania; Ignasi Gramunt y Jaume Planell, als Estados Unidos; Joan Antoni Massó a Australia; Francesc Faus, Fèlix Ruiz y Esteve Jaulent, a Brasil...

Mucha gente catalana: ¿quizá porque somos muy comunicativos o adaptables? No lo sé, pero es una realidad. El Beato Josemaría ha demostrado también en este punto una confianza particular en sus hijos de Cataluña.

\*Rector de la iglesia de Sankt Peter Viena, Austria

[Vídeo de Bell-lloc \(Girona\)](#)